

Sueño y Arte.

En estos días he visto la ermita de la Virgen a orillas del río, pero no del río Odiel sino del río Manzanares; y la he visto fresca y sombreada, pero no por los pinos de Sotiel sino por la arboleda del parque Arganzuela. Allá, al sur de Madrid, en el barrio de Usera, he visto, en estos días, la ermita de la Coronada.

Epifanio, Epi para la clientela amiga, acogió siempre en su bodega a cuantos emigrantes del Andévalo llegaron hasta él, sobre todo, a los cerreños con su alcalde el Bichino a la cabeza.

Epi, tras el mostrador y mientras sirve tinto de Méntrida y aguardiente de Zalamea, va levantando con tablillas y solo con la ayuda de una lima fina y un cúter rojo, catedrales como las de Burgos, León, Milán, Florencia y muchas más, a la vez que habla y habla de la evolución e involución de los seres animados, de la aguja de los hebreos, del muro de las Lamentaciones y, todo, con una labia como si acabara de doctorarse en la materia.

Al frente, en la estantería, hay arriba un reloj redondo, amarillo y casi ignorado por todos, al que se le nota más que a ningún otro reloj del mundo el paso del tiempo, como se le nota, también, la vejez a las botellas que lo rodean; botellas de vermut y sifón, de casera y moscatel sin alcohol; botellas viejas, setentonas y canosas del polvo acumulado; sin embargo, en medio de tanta senectud, hay una tarjeta manuscrita en la que reza:

“El alma no cambia”

Más abajo, en el centro, bocetos a lápiz de caras humanas, figuras egipcias, una estampa de la Gioconda del Louvre y otra la de su gemela en el Prado; esta con una sonrisa más clara, amplia y picaresca que la primera.

Después, por el resto de los testers, copas ganadas en el campo de La Chimenea y una excelente colección de carteles taurinos que en su día valió para que grabaran secuencias de una película.

La bodega de Epi es todo un lugar para soñar, de los nostálgicos, de los que sueñan con la plaza de su pueblo, de los que oyen rasgueos de guitarra y fandangos por doquier, de los que huelen gurumelos y saborean habas enzapatás. Mi compadre Antonio Ñudi es un nostálgico de los buenos, por eso, le dijo un día a Epi:

“Epi, coge tu lima y tu cúter y móntame la ermita de mis sueños que quiero tenerla a mano”.

Hoy, gracias a los hermanos de la Coronada, en la Casa de la Hermandad se funden Sueño y Arte.

Cuando ya voy abandonando la bodega, me choco con otra máxima manuscrita como si fuera un adiós de Epi para hacernos meditar por el camino:

“Que Dios te conceda el doble de lo que me deseas”.



Las cubiertas de la catedral.

Bien creía que, después de visitar tantas veces la Catedral en mis cincuenta años en Sevilla, no me llamaría mucho la atención. Me equivoqué. La visita que con mi hijo hice últimamente, me dejó claro lo confundido que estaba. La entrada la hicimos por la puerta lateral de la iglesia, la que da al archivo de India. Nos guiaron por un pasillo oscuro hasta un patio pequeño en el que tras muchos siglos seguía trazado, en el suelo, un plano azul para la construcción de la planta donde nos hallábamos. Luego, por una escalera angosta, empezamos a subir planta por planta, cada una con su patio y su plano correspondiente. Así hasta las cubiertas, hasta la estructura que cierra el edificio, objetivo de la visita. Me admiró. Ya al liberarnos de la lóbreguez de la escalera, nos dimos de lleno con una explosión de luz, con un arrullar de palomas y con un toque a vuelo de las campanas de la ciudad para recordar que era la hora del ángelus. La techumbre está lejos de ser tejado. Las cubiertas la forman restos de tinajas procedentes de los trabajos en la alfarería de Triana. La recorrimos de un lado a otro. De vez en cuando nos encontrábamos tapas redondas de hierro que al levantarlas salían de los huecos que dejaban al descubierto fragancia de incienso, sones de órganos, murmullos de rezos y, además, nos dejaban ver feligreses, muy pequeños vistos desde esa altura, que correteaban altar por altar. Por el exterior y desde esa misma altura, se nos presentaban la Torre del Oro, el Guadalquivir con su barco de cruceros, farolillos en el campo de la feria y fanales en el del campo santo, olores de alhucemas en calles estrechas y de jazmines en amplias avenidas. El sol se ocultó por el Aljarafe y nos dejó metidos en el anochecer.

Mientras bajábamos, subía de la avenida un runrún de coches y un barullo de conversaciones ininteligibles, todo envuelto en oleadas de olores de naranjos en flor.

La jaula

La caza de la perdiz es apasionante. A mí el gusanillo me picó pronto. En un rincón del alpende de mi casa, mi padre tenía un cajón abarrotado de cartuchos y tacos, un bote de polvora y un rebordeador con el que yo me entretenía horas y horas, al igual que con los cartuchos usados que mi padre recogía para reutilizarlos.

Mi padre, a veces, me llevaba al puesto. Me sentaba a su lado y me abría una tronera a mi altura. Cuando abatía una perdiz, la dejaba un rato en el sitio que caía para que su pájaro disfrutara viéndola vencida; pasado un tiempo prudencial, yo me alargaba a por ella, se la presentaba al reclamo y volvía al aguardo, sin dejar de manosearle el buche por ver si tenía muchos o pocos granos en él. Yo deseaba pronto otra pieza para poder unirla por sus fosas nasales con la que ya teníamos en el puesto.

Esas mañanas solían ser frías y de lloviznas por ser la temporada en invierno y, así, respetar la época de los nidos y las posturas de las hembras. Una de esas mañanas amaneció con una niebla espesa; mi padre dijo que pintaba lluvia y no se equivocó; el cielo no tardó en emborrascarse. Mi padre conocía una roca que por arriba sobresalía del terreno y que no estaba muy lejos de nosotros. Allí nos cobijamos, casi tendidos, hasta que cesó el chaparrón. No hace mucho, aquella roca me ha venido al recuerdo por su parecido con esa otra de la elocuencia en Irlanda, bajo la que hay que tenderse a todo lo largo para conseguir el don de la oratoria. Esta no sé si funciona o no. La nuestra, desde luego, nos evitó empaparnos.

De mi padre guardo otros muchos recuerdos relacionados con la caza de la perdiz: su escopeta de cañon largo; la jaula y el jaulón de las tomas de tierra; la gabardina caqui con la que resguardaba a su reclamo a la ida y a la vuelta; su navaja de cachas negras, y hasta las plumas que lucían en sus gorras algunos de sus amigos.

A veces, lo relatado se pierde en el pasado y, a veces, se muestra en el día a día del presente. Yo, inconsciente, mezclo lo uno con lo otro.

Hoy, me he echado al campo; solo, pero cargado con normas de comportamiento: de respeto y amor a la naturaleza; abierto a reconocer y a disfrutar de ella: de la espesura de los boscajes, de los amaneceres neblinosos, de los destellos de luz al despuntar el alba. Cargado de paciencia para respetar las horas de espera, para interpretar los cantos de mi reclamo en sus lances con la perdiz campesina y para reconocer, al punto, al macho campero por su orgullo y altanería. El campo y la caza de la perdiz tienen vida, tienen alma, tienen encanto.

Un leño de encina, chisporroteando en la chimenea, ha calentado el cuarto donde, acurrucado, he esperado cogerle la delantera al amanecer. Apenas una cabezada y jarriba! El viento, que ha soplado toda la noche, se ha echado. Engancho la jaula, me la cuelgo y a pasos de ciego, que aún falta para romper el día, me lanzo campo a través: solo se ve el lucero del alba, solo se oye el cucú del cuculillo.

La tarde anterior, con jaras, he levantado mi aguardo. Por arriba, a cielo abierto; por los lados no he dejado resquicio por donde pueda asustar pieza alguna; y, a media altura, la tronera para sacar el cañón y observar los movimientos de mi perdigón.

Al rayar el día he dejado a mi pájaro en su maceta como dueño de la plaza; tranquilo, expectante de la alborada para empezar su faena. Yo, en mi asiento de piedra, llevo mi mirada a la jaula, y a las rodillas, mis manos prestas para empuñar la culata en su momento oportuno. Chispea. Me congelan rachas de frío. Me envuelven olores de malezas. De pronto mi atención se desvía a la cumbre donde un jabalí alborota la mancha, pero mi perdigón, ajeno, cumple y hace sus reclamos.

Esta es la mañana en que se recompensan todos los desvelos de un largo año. Ya quedó atrás el tiempo de los garbanzos en remojo y el de las bellotas machacadas; el de las cascarillas de pepino en tiras y el de los jaramagos picados; y quedó atrás, también, el de la limpieza del jaulón y la del soplillo. Sin embargo, esta es la mañana, también, del disfrute pues, por la tronera, se presenta un mundo distinto; el mundo de la perdiz en su

medio natural; los cantos del reclamo para atraer a las hembras y el acoso de las perdices salvajes al mismo reclamo.

Ahora por la aspillera lo veo enseñoreado en su jaula dando pie con su piñoneo, con su castañetear por lo bajo o con su cuchicheo por lo alto. A estos reclamos acude con recelo un macho campero a proteger su terreno y, furioso, surca la tierra con una de sus alas y con las plumas remeras de la otra, desplegadas a todo lo alto, intimida a mi pájaro. Ahora, sí; ahora mi pájaro se atemoriza y ajea. Pero, el campesino no cesa; en un trasvuelo sube a la maceta y con picoteos arremete contra la jaula y hace que mi pájaro se haga una bola de plumas.

A poco una hembra cuchichea alrededor; el campero desiste del acoso y va en su busca; mi pájaro aprovecha y canta ese titeo que tanto hechiza a las campesinas, además, le da el recibo. Sin tardar la hembra está en la plaza y con recibo; y el macho detrás. Así aconsejan las normas que se dispare... y ¡disparo! Primero al macho que, herido de muerte, se revuelve en la tierra y por unos momentos desaparece en la polvareda que levanta. El tiro retumba mancha arriba y levanta en desbandada la caza; una mirla, mancha abajo, cruza rauda la plaza de mi reclamo. La hembra sin entender qué pasa, se acerca lentamente al macho; me da la espalda; buen momento para disparar... y ¡disparo! Mi pájaro al verlos inmóviles se ve vencedor.

Yo, ahora, sé lo que se siente antes de disparar a una pieza; se lo notaba a mi padre que esperaba y esperaba con la mano en el guardamonte antes de rozar su dedo el gatillo; pero tenía que hacerlo, principalmente, por su reclamo que lo estaba esperando hacía un año. Yo, ahora, siento lo mismo.

En su jaula mi pájaro es una estatua; todo en él es quietud y sosiego; sus ojos se clavan en los vencidos: el macho quedó tendido de espaldas con sus alas abiertas y su cabeza derrotada hacia un lado; la hembra, de costado, reclina su cabeza sobre las patas del macho. A mí por la tronera, me llama la atención el colorido de sus plumas: en la hembra el rojo, blanco y negro de la parte que me ofrece y en el macho, el azul cielo de su

pecho; a la vez, una duda me rumia el pensamiento: ¿qué pensará mi pájaro tan quieto, tan sosegado y tan atento?

M. Fuentesal.

LA MONTERÍA

Anocheceía. Los monteros, más de cien, llegábamos al punto de encuentro, a la casa de la "Berdura" como reza en su frontal; casa vetusta en la que ni de pie cabrían veinte; un salón con fogón acaparado por el cocinero, un gallego alto y delgado que sabe apañárselas él solo para servir platos abundantes, apetitosos y variados a lo largo de la noche. Afuera, a unos metros de la casa, tueros de encina desprendían un calor que mitigaban el frío de ese anochecer de noviembre. Alrededor hombres de temple capaces de resistir al raso con la cocina del gallego, con el mosto de Umbrete, con rasgueos de guitarra y con quejíos de fandangos.

La noche es larga y se habla de lo que traemos entre mano; de jabatos, de encames, de querencias; de rehalas con castas, de olfatos, de rastros; de perros que presionan jabatos para que corran sin enfrentarse a ellos para que lleguen a donde tienen que ser abatidos. El cocinero hace honor a su tierra y sorprende con una queimada. La luna sale, desvaída por un cielo encapotado. El presidente presenta las papeletas; se hace el sorteo de puestos y se dan a conocer a los postores. Se engullen tostones. Raya el alba y con ella la hora de la verdad. Pellicas y pasamontañas. Cada montero con su rifle. Cada postor con su cuadrilla. Se levanta una niebla que se espesa por momentos. Traspasamos el encinar. Nos adentramos en la mancha exuberante que nos hace culebrear entre jaras pringosas empapadas de la rociada. Se aspiran olores amalgamados de mortiños y mastranzos, albahacas, espliegos y madroñeras. ¡¡¡Silencio!!!, habla el campo. Se oye el cornetín. Se vislumbra un fogonazo. La jauría se desmadra. Un jabato irrumpe en la maleza. Una fría oleada trae olor a pólvora. ¡Atención!, la montería ha comenzado:





LA MONTERIA

*Dedicada a las Peñas Monteras del
Andévalo de Huelva*

*Ladrando van por el monte,
entre torviscas y jaras,
de lebreles y podencos
por lo menos cinco rehalas.*

*Delante llevan gruñendo
con sus cerdas empinadas,
cinco jabatos feroces
con dentadura afilada.*

*No les aterran subidas,
ni profundas hondonadas,
ni tupidas madroñeras,
ni canteras desgajadas.*

*Las balas silban. La pólvora
en los aires, huele quemada.
La bravura de las fieras
deja la mancha arrasada.*

*Antes, con su rifle en ristre
y la gorra bien calada,
el más experto montero
dio órdenes en la cañada:*

*¡Tú aquí, guardando la umbría!
¡Tú allá, atento a la "baja"!
¡Tú que eres fuerte, al río!
¡Tú, a la chaparra "quemá"!*

*Y así, siguiendo un firme
rito de época pasada,
sin excusas ni melindres,
queda la guardia montada.*

*Ya estás solo. Inmóvil. fija
en el monte la mirada.
El frío, la espera y el ansia
van dejando el alma helada.*

*Allí te quisiera ver
esperando la manada,
a solas, con tu espingarda,
en la roca más alzada.*

*La niebla se espesa cumbre
abajo y, por la nevada
ladera, se funde al frío
deshielo de la rociada.*

*Silba cruzando el Cielo
la perdiz, desaparejada
y, rompiéndose entre juncos,
crepita el agua escarchada.*

*—¡Jaba...to! ¡Jaba...to va!
viene del monte quebrada
la voz y su eco sonoro
resuena en la cascada.*

*Ya se barrunta, en la mancha,
la lucha desesperada
de los feroces jabatos
con la jauría desatada.*

*Ya se ven entre matojos
las navajas esmaltadas
y la piel de los perros,
rota, chorrea ensangrentada.*

*¡Empuña el rifle, montero,
apúntale a la quijada,
no sudes tanto, ni tiembles
mirando la colmillada.*

*Que en vísperas fueron armas
con esmero revisadas
y la hoja de los aceros
firmemente comprobada!*

*¡No sudes tanto, ni tiembles
mirando la colmillada!
¡Empuña el rifle, montero,
apúntale a la quijada!*

*Allí te quisiera ver,
esperando la manada,
a solas, con tu espingarda,
en la roca más alzada.*

Manuel Fuentesal

La montería

Ladrando van por el monte,
entre torviscas y jaras,
de lebreles y podencos
por lo menos cinco realas.

Delante llevan gruñendo,
con cerdas empinadas,
cinco jabatos feroces
con dentadura afilada.

No les aterran subidas,
ni profundas hondonadas,
ni tupidas madroñeras,
ni canteras desgajadas.

Las balas silban. La pólvora,
en los aires, huele quemada.
La bravura de las fieras
deja la mancha arrasada.

Antes, con su rifle en ristre
y la gorra bien calada,
el más experto montero
dio órdenes en la cañada:

¡Tú aquí, guardando la umbría!
¡Tú allá, atento a la bajá!
¡Tú que eres fuerte, al río!
¡Tú, a la chaparra quemá!

Y así, siguiendo un firme
rito de época pasada,
sin excusas ni melindres,
queda la guardia montada.

Ya estás solo. Inmóvil. Fija
en el monte la mirada.
El frío, la espera y el ansia
van dejando el alma helada.

Allí te quisiera ver
esperando la manada,
a solas con tu espingarda
en la roca más alzada.

La niebla se espesa cumbre
abajo y, por la nevada
ladera, se funde al frío
deshielo de la rociada.

Silba cruzando el cielo
la perdiz desaparejada
y, rompiéndose entre juncos,
crepita el agua escarchada.

-¡Jaba...to! ¡Jaba...to va!
Viene del monte quebrada
la voz y su eco sonoro
resuena en la cascada.

Ya se barrunta, en la mancha,
la lucha desesperada
de los feroces jabatos
con la jauría desatada.

Ya se ven entre matojos
las navajas esmaltadas
y la piel de los perros,
rota, chorrea ensangrentada.

-¡Empuña el rifle, montero,
apúntale a la quijada!
No sudes tanto, ni tiembles
mirando la colmillada

que en vísperas fueron armas
con esmero revisadas
y la hoja de los aceros
firmemente comprobada.

¡No sudes tanto, ni tiembles
mirando la colmillada!
¡Empuña el rifle, montero,
apúntale a la quijada!

Allí te quisiera ver,
esperando la manada
a solas con tu espingarda
en la roca más alzada.

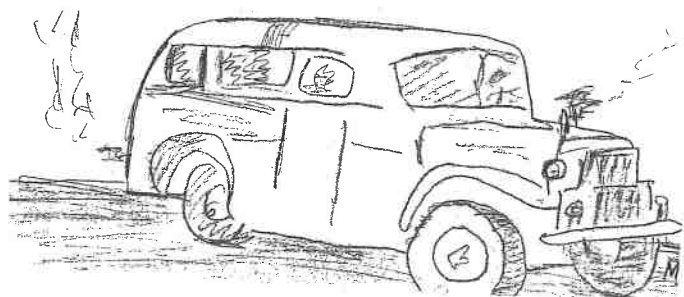
Manuel Fuentesal.

Sin pasado no hay futuro; los pueblos que se olvidan de su historia se olvidan de ellos mismos: recordemos, pues.

LA RADIO.- La Radio iba llegando a las casas poco a poco. A su alrededor, la familia practicaba, con ahínco, el manejo del voltímetro y el correr del dial. Las mañanas eran para las canciones dedicadas; no faltaba ni “El Emigrante” de Valderrama, ni “Yo Soy Minero” de Molina ni, por supuesto, los intermedios con “Suspiros de España” y “Angelitos Negros”. A las cinco de la tarde, el serial de turno como “Ama Rosa” de Sautier Casaseca que imponía el silencio en las calles para oír sólo a Juana Ginzo y Dicenta, sin dejar atrás los anuncios de Mariquita Pérez o Linimento Sloam. Los domingos, a la misma hora, Carrusel Deportivo en el que Matías Prats, con la magia de su palabra, nos embelesaba en el receptor de Merchán. Por las noches, el Noticiario de la diez siguió mucho tiempo recordando la Guerra con el nombre de El Parte. Tras El Parte, en la mayor intimidad y nocturnidad, con la oreja pegada al aparato, todos intentábamos recoger las noticias de Radio Pirenaica, a pesar del miedo y de los pitidos de las interferencias.

EL REGRESO.- Camisón ponía su aparato de radio al servicio de todos cuando la ocasión lo requería. La tarde del dos de abril del cincuenta y cuatro, lo sacó a la calle. El buque griego Semíramis traía a bordo a doscientos excombatientes de la División Azul. El desembarco, en Barcelona, era radiado y, entre ellos, llegaba Bartolomé, un hijo del Pueblo. La última vez que se tuvieron noticias de él fue por carta de Muñoz Grande en la que comunicaba la batalla en que se le había dado por desaparecido. Desde esa fecha, se iba perdiendo, año tras años, la esperanza de su regreso, mientras él se enfrentaba a la nieve, al frío, al hambre, a los campos de concentración: a la muerte. El Pueblo, que ya lo había dado por muerto, se movilizó a la noticia de su regreso y lo recibió en masa la noche que llegó. En volandas lo llevaron a la Iglesia para dar gracias. Muchos de los excombatientes encontraron a sus novias casadas y otros muchos, a sus esposas unidas en segundas nupcias. La novia de Bartolomé, Dominga, había sabido esperar.

LA CAMIONETA



La camioneta, que hacía su entrada por Paymogo, llegaba jadeante, envuelta en una nube de polvo y con un ruido infernal. La carroceña, tambaleante, parecía que iba a **desmembrarse** por momentos, y el motor, **descuajaringado**, a quedarse sin piezas con el traqueteo. Por eso, más de uno, acechaban su paso por el Cementerio, por si el bailoteo les favorecía con la caída de algún hierro que les sirviera para el chatarrero. Ferrera picaba y fumaba, pero fumaba más que picaba, y echaba un chorro de humo parejo al del tubo de escape.

Más tarde, el de la Curripicha se hizo cargo de una camioneta de unos tres por seis, y de cuatro asientos corridos enfrentados dos a dos. Con Rafael el de la Curripicha no había previsión; si salía una hora antes, llegaba una hora después, y si salía una hora después, llegaba una hora antes. En el corto trayecto, no había curva que la camionetilla de Rafael no hubiese besado. Y, cuando besaba una curva, los viajeros, lanzados unos contra otros, nos **abrazábamos apasionadamente**. Casi **siempreéramos** los mismos viajeros, así que ya nos **teníamos cogidas** las vueltas de los abrazos.

A la llegada, la valija volaba, en un principio, hasta una mesa camilla de la calle del Cuartel, y un tiempo después, a un mostrador de la calle Rica. El reparto era visto y no visto: un sobre azul para el **Comandante de Puesto**, el Odiel para el cuarto de los **Señoritos**, el Correo de Andalucía para el Cura, un sobre con muchos ceros y muchas cruces remitida por un recluta del Cerro Muriano, alguna carta perfumada y pare usted de contar. Y ... hasta la mañana siguiente que esperaba Gonzalo a la luz del quinqué al olor de un café con leche condensada.